



a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

15-01-2022

*«Mirad que yo os envió como ovejas entre lobos; por eso, sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas. Pero ¡cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros» (Mateo 10,16-20).*

Jesús es consciente de las penalidades, de las situaciones de conflicto, de las persecuciones a las que pueden ser sometidos los discípulos. Pero él desea que abandonen la lógica de la pura oposición, que "se disfraza de lobo" para vencer a los lobos.

Jesús pide sencillez, lo cual no debe confundirse con la ingenuidad. Los simples son los que saben ir a lo esencial, captando el "corazón profundo" de los acontecimientos, incluso de los más dolorosos.

Jesús pide prudencia. El prudente nunca entra en pelea. El que es prudente desconfía de lo primero que se le pasa por la cabeza, y no confunde lo que siente con lo que es correcto hacer.

Ya que el discernimiento es necesario en las opciones importantes de la vida, es esencial adquirir y practicar la virtud de la prudencia. La prudencia ocupa el primer lugar entre las virtudes cardinales: persigue, en efecto, el bien de la razón, que es el bien del hombre; da a conocer y practicar lo que es bueno.

La prudencia no es un freno que mortifica la creatividad y el entusiasmo; más bien solicita una elección pronta y generosa. Sin embargo, la persona prudente no está satisfecha de que el final sea el correcto. La prudencia es la virtud de la concreción.

Magdalena Aulina fue una mujer de gran prudencia. Sabía escuchar, no se conformaba con oír. Sabía mirar, no se limitaba a ver.

Era sumamente prudente en lo que decía. Comedida en palabras, reflexionaba bien antes de hablar. Alguien la ha definido "silenciosísima".

Magdalena practicó la prudencia en el ejercicio de la autoridad, cultivando el servicio y el respeto por todos y por cada uno, infundiendo optimismo y confianza en las personas. Sometida a críticas y pruebas, era prudente en sus decisiones, invitando a la moderación y a evitar toda exasperación, eligiendo más bien el silencio, pero siempre amando y buscando la verdad.

Magdalena vivía de manera heroica la virtud de la prudencia, porque era una persona equilibrada y serena, incluso ante las enfermedades y las adversidades de la vida. No perdía la serenidad ante los ataques que le lanzaron.

Su gran prudencia era consecuencia de su profunda unión con Dios.

La prudencia no es sólo el resultado del esfuerzo humano, que se adquiere con la experiencia y la educación. Es también un don de Dios, por eso el cristiano invoca al Espíritu Consolador para aprender a discernir, para saber amar esa vida que hace libres ante Dios.

El hombre prudente reflexiona y ora antes de actuar; medita antes de hablar; sopesa los pros y los contras; marcha por el camino de la docilidad escuchando los consejos de los que tienen experiencia. La reflexión conduce a una determinación, a un juicio y, finalmente, a la acción, a hacer lo que se juzga bueno. Quien es prudente posee el equilibrio, característica inconfundible de la madurez espiritual.

Sobre todo, y ante todo, la prudencia cristiana es una decisión por el Reino de los cielos: particularmente prudente es quien, habiendo reconocido el valor máximo del seguimiento de Cristo, afronta decididamente y con alegría cualquier renuncia y fatiga por el Reino. La verdadera prudencia es la generosa disposición a dejarlo todo antes que renunciar a Cristo, es renunciar a todo para ganar a Cristo. El cristiano sabe arriesgarlo todo; y esto crea esa "mezcla" de imprevisibilidad y confianza en la Providencia que constituye la prudencia cristiana, virtud que juega un papel central y esencial en la vida espiritual. Si se elimina la prudencia, todo el edificio moral no se sostiene y se derrumba.

